

097/015/006

*(A) de la Comisión de Estudios Políticos*

**ESTUDIOS  
Y FIGURAS**

**Santiago Nadal**

**La gran  
política  
del señor  
López Bravo  
DE LAS  
NEGOCIACIONES  
CON EL  
MERCADO  
COMUN  
AL AUMENTO  
COMERCIAL  
CON LA URSS**

adaptando a las actuales realidades la expresión en Ganiwet referida a la política exterior de la Casa de Austria. Innumerables viajes (firmas de acuerdos, declaraciones conjuntas, etcétera) jaionan la actuación ministerial de López Bravo. Y, realmente, estos viajes y demás, han tenido como meta todos los puntos cardinales del globo.

Pero creo que las preferencias políticas de don Gregorio López Bravo van dirigidas sobre todo, a uno de estos puntos cardinales: el Norte. Es decir, Europa.

Europa figura como objetivo principal de la política exterior del actual inquilino del Palacio de Santa Cruz, ya a través de la declaración ministerial, al constituirse el actual Gobierno. Europa ha sido un constante ritornello de las declaraciones políticas de don Gregorio López Bravo. Y, hay que decirlo, en esto ha habido una notable coherencia por parte de los ministros que se han ocupado del asunto. En verdad que, al mismo tiempo, otros ministros han guardado a este respecto un silencio impenetrable...

Desde luego, que las declaraciones europeas del señor López Bravo, y sus actuaciones al respecto, no han impedido el funcionamiento de una actuación exterior pluricardinal: es decir, que los viajes, declaraciones, visitas y contravisitas de y con los cancilleres de los más diversos puntos del mundo han alternado con aquellos relacionados con la política europea.

**La "apertura al Este"**

Ahora el señor López Bravo está iniciando una actuación a fondo sobre uno de los puntos de la Rosa de los Vientos hasta hoy poco abordado. Me refiero a la política de «apertura al Este».

Esta «apertura» se inició por la iniciativa «privada» de conversaciones comerciales con algunos países del «campo del socialismo». Rumania, Hungría, Checoslovaquia, Polonia, etcétera, han ido abriendo contactos comerciales y culturales con España. Y ahora el ver, por ejemplo, espectáculos procedentes de aquellos países no es ya «noticia» entre nosotros. Más aún, los contactos indirectos se han realizado también con la Unión Soviética. Volviendo al mismo ejemplo de los espectáculos, tampoco sorprende ya la presencia de artistas o filmes soviéticos en nuestros escenarios y pantallas. Y el comercio, por su parte, también viene desarrollándose desde unos años a esta parte.

Pero claro, el carácter «privado» de estas negociaciones no puede engañar a nadie. En los países socialistas nada es privado. El comercio interior y exterior está severamente controlado —mejor dicho, realizado directamente— por el Estado. Y, por lo que hace a España, también el

comercio exterior está por lo menos vigilado por el Estado. Y tratándose de países tan conflictivos en relación a nosotros como son los del bloque soviético —y en primer término la URSS, claro está—, no puede haber ningún contacto auténticamente «privado» en ningún terreno, sin autorización del Palacio de Santa Cruz. Quedamos pues que de «privados», nada, estos contactos; por ninguna de las dos partes; y precisamente, eso es lo que les da valor político.

A esos contactos pues, sucedieron los que podríamos llamar «oficiosos». El primero de los cuales fue la entrevista entre López Bravo y Kovaliev, viceministro de Asuntos Exteriores, durante la escala técnica del avión en que el ministro español efectuaba su viaje a Manila (13 de enero de 1970), y que tuvo lugar en el aeropuerto de Moscú. En 1970, primera conversación López Bravo-Gromyko, en ocasión de la presencia de ambos ministros de Asuntos Exteriores en Nueva York, durante la sesión de la Asamblea General. Como es sabido, en torno a las reuniones de los organismos de la ONU, los ministros de los diversos países aprovechan la ocasión para entrevistarse sin necesidad de dar carácter oficial a sus encuentros. Ya se ve con cuánta actividad se ha alineado nuestro ministro en esa tradición.

Finalmente, ha venido la firma del acuerdo comercial España-Unión Soviética, en París, en septiembre último. Esta vez sin el menor antifaz «privado»: los dos Estados por medio de sus representantes diplomáticos en la capital francesa. Y, pocos días después, el 29 de septiembre, López Bravo y Gromyko se entrevistaban de nuevo, en Nueva York.

**Lo normal y lo preocupante**

Todo esto está muy bien. Es absurdo pretender ignorar la existencia de una tercera parte del mundo: la URSS y «satélites», China, etc. Es necesario no sólo poder comerciar con esos países, poder intercambiar elementos culturales, hacer turismo, vistas periodísticas, etc. Las diferencias ideológico-políticas no pueden impedir ahora, como no han impedido nunca, el mantenimiento de relaciones diplomáticas correctas.

Así ha sido siempre, por lo menos desde la Paz de Westfalia, que secularizó definitivamente la política internacional. Las interrupciones a la aplicación de ese principio han sido debidas a las dos revoluciones francesa y rusa; y aún han sido breves y en buena parte debidas más a motivos políticos que doctrinales. En suma, sería un absurdo no comerciar con los países del Este. Y tan absurdo como esto sería, en definitiva, no establecer relaciones diplomáticas con ellos: URSS incluida, desde luego.

Hay una constante en la política que don Gregorio López Bravo viene desarrollando desde el Palacio de Santa Cruz: podría decirse que esta constante es la variedad.

He escrito algunas veces que la política del señor López Bravo —nuestro dinámico e inteligente ministro de Asuntos Exteriores— puede compararse a la Rosa de los Vientos



Ahora bien, esto presenta una faceta que considero preocupante. Me refiero a la posibilidad de que se piense en el comercio con el Este como «otra salida» ante la situación exterior, económica y política, de España. Esto sería grave.

Esa suposición mía no es tan caprichosa como podría suponerse. Varias insinuaciones cabría aportar aquí como indicios significativos. Tal vez nada tan interesante en estos sentidos como unas declaraciones formuladas por don José Luis Cerón, director general de Relaciones Económicas Internacionales, principal negociador del acuerdo comercial hispano-soviético.

El señor Cerón, en efecto, al regreso de su misión, entre otras cosas, le dijo a un redactor de la «Gaceta del Norte»: «La Unión Soviética es mercado que no es muy abierto, pero es tan enorme que cuando compra una cosa, aunque sea en cantidades limitadas, para una producción como la española, es importante. El que podamos exportar a la Unión Soviética —lo que estamos ya haciendo, pero a través de intermediarios y de grandes complicaciones—, nos favorece. En el sector de nuestra exportación hay una serie de productos que hasta ahora tenían dificultades en el

Mercado Común y que, a lo mejor ahora, con el mercado soviético abierto, hay nuevas posibilidades de salida y dejan de congestionar un mercado comunitario donde tenemos que superar precios de umbral. En este sentido, el acuerdo puede quitar una serie de servidumbres o dependencias de nuestra exportación hacia la Comunidad».

### No es soñable un «renversement des alliances»

Es de suponer que esas declaraciones no reflejan el pensamiento profundo del Palacio de Santa Cruz. Pero sí es indudable que son muestra de una cierta tendencia que podría llegar a ser tanto más preocupante cuanto que se encuentra dentro de una cierta línea histórico-política española. Es una maniobra política clásica la de inclinarse hacia la potencia más lejana para contrarrestar dificultades con las más cercanas. Unas veces, esa maniobra, aplicada a España y Rusia, ha carecido de peligrosidad. Ahora podría ser peligrosa si, una vez más, un país occidental europeo —España en este caso— se dejase llevar del espejismo de la lejanía y de la inmensidad de Rusia para buscar una «salida» distinta a la que imponen la geografía, la historia y la cultura. O para hacer una «finta» en este sentido: que más no es concebible. El comercio con el Este es necesario, pero representa sólo hacia el siete por ciento de nuestras exportaciones, que en un cincuenta por ciento van a la C.E.E. La normalidad de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética es una exigencia tan elemental que apenas merece ser argumentada. Pero no es soñable siquiera la posibilidad de un «renversement des alliances» en nuestro tiempo y en las actuales circunstancias. La gran política del señor López Bravo no abriga, seguramente tales propósitos.